

PRUDENCIO DE PEREDA

EL HEMINGWAY BURGALÉS

Hijo de emigrantes originarios de Mozares, en Las Merindades, fue un escritor reconocido en Estados Unidos. La editorial Hoja de Lata publica por primera vez en español su novela *Molinos de viento en Brooklyn*

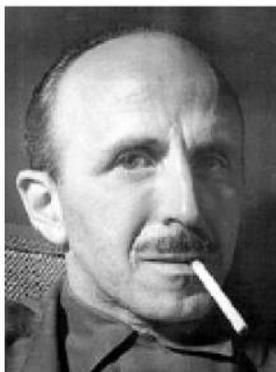
R. PÉREZ BARREDO | BURGOS
rperez@diariodeburgos.es

Medio millón de estadounidenses conocen la existencia de Mozares, pequeño pueblo de poco más de veinte habitantes bañado por el río Trema, a escasos kilómetros de Villarcayo. Es allí donde transcurre una de las novelas «más tremendas en la ficción contemporánea», según aseguró Willson Follet, editor y crítico literario de renombre cuando el libro vio la luz en 1953. La novela, titulada *Fiesta*, narra la historia de Ros Varona, un norteamericano que regresa al pueblo en el que había nacido su padre antes de emigrar a Nueva York. El protagonista llega al pueblo justo en el momento en el que sus vecinos preparan la Semana Santa, que incluye una teatralización de la pasión de Cristo. Sucede que la tensa pugna por representar al nazareno, papel codiciado por proporcionar prestigio, desata todas las miserias humanas, todas las rencillas, los oscuros deseos, las envidias y ambiciones, arrastrando consigo a Varona a un trágico desenlace.

Este drama rural fue uno de los

grandes éxitos editoriales de su autor, pero no el único. Llegados a este punto, ¿qué escritor norteamericano perteneciente a la mejor generación de narradores que dio nunca ese país elige el pueblecito burgalés de Mozares para situar en él una poderosísima historia? ¿Quién? ¿Por qué? Nada se ha sabido hasta ahora de su autor. Pero gracias a la editorial Hoja de Lata, que acaba de publicar la traducción al español de una de sus novelas, titulada *Molinos de viento en Brooklyn*, se ha revelado, como una epifanía, su existencia.

Se llamaba Prudencio de Pereda, y aunque neoyorquino de nacimiento, era hijo de un emigrante burgalés natural de Mozares. Los escasos datos que se conocen de su fascinante biografía le sitúan en algunos de los escenarios y con algunos de los personajes más importantes de la literatura universal contemporánea: fue discípulo, amigo y colaborador de Ernest Hemingway; asimismo, conoció, trató y hasta compartió antologías de narraciones con escritores como Dos Passos, John Steinbeck, William Faulkner o Truman Capote, entre otros. Casi nada.



El novelista de origen burgalés.

Nacido en 1912, Prudencio se crio en el ghetto hispano de Brooklyn, distrito de Nueva York, marcado por su carácter mestizo: italianos, irlandeses, griegos, eslavos convivían con sus zonas bien delimitadas. En aquella Babel que se asemeja al Hudson y que conectaba el barrio con Manhattan a través de su icónico puente colgante, el hijo de un emigrante burgalés supo adaptarse mejor que sus progenitores a aquella tierra de pro-

misión. «Cuando era pequeño pensaba que la nacionalidad de una persona determinaba su trabajo. Nosotros éramos españoles, y mi padre, mi abuelo y mis tíos se dedicaban al negocio de los puros», escribe Prudencio de Pereda en *Molinos de viento en Brooklyn*, obra protagonizada por dos personajes centrales, aquellos que ejercieron de maestros de vida del joven narrador: el abuelo y Agapito. Ambos son teverianos -vendedores ambulantes de habanos-, aunque muy distintos el uno del otro. El abuelo es el perfecto caballero de tintes quijotescos, que enseña al muchacho lo que es la dignidad, mientras que Agapito es el pícaro embaucador y teveriano de éxito que le transmite al muchacho la poderosa alegría de vivir. Las correrías del trío junto a la galería de personajes que desfilan por esta historia hablan de un microcosmos que ya no existe y que eran realmente ajeno al sueño americano.

Prudencio de Pereda se graduó en el City College de Nueva York, y ya desde su mocedad mostró inclinación por la literatura y la escritura. Devoraba a los autores del momento, aunque sentía predilección

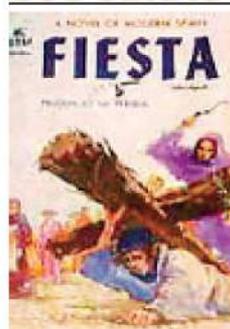
por Ernest Hemingway. En 1936 publicó su primer relato. Fue aquel un año capital para el joven de ascendencia burgalesa: gracias a los ambientes literarios que frecuentaba en Nueva York conoció a su admirado maestro, quien, sabedor de su origen español y recién empezada la contienda civil que desangraría a la vieja piel de toro, le invitó a colaborar con él. Y estrechamente: Prudencio de Pereda escribió con el autor de *Adiós a las armas* el guión de dos documentales: *España en llamas* (*Spain in Flames*) y *Tierra de España* (*The Spanish Earth*), favorables a la causa republicana. Y si su relación no fue más estrecha quizás se debió a que el aspirante a escritor no siguió la recomendación del pope de las letras norteamericanas: «Debes ir a España ahora. Si no te matan, seguro que consigues un material estupendo. Y si te matan habrá sido por una buena causa».

De Pereda no hizo caso a su maestro y no viajó a aquel polvorín que era España. Su primera visita a la tierra de sus padres se había producido en 1933. En los siguientes años, publicó casi medio centenar de relatos en revistas de

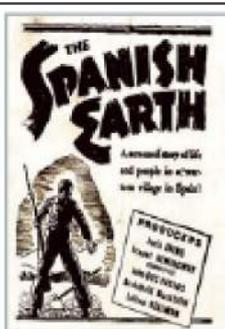
El barrio neoyorquino de Brooklyn, con Manhattan al fondo.



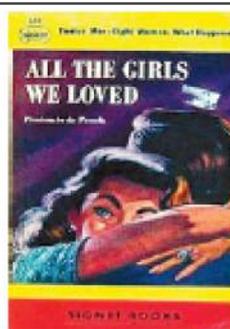
SUS OBRAS



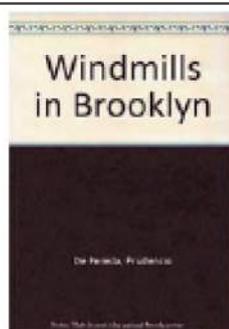
► *Fiesta*, publicada en 1953, está ambientada en el pueblo de Mozares.



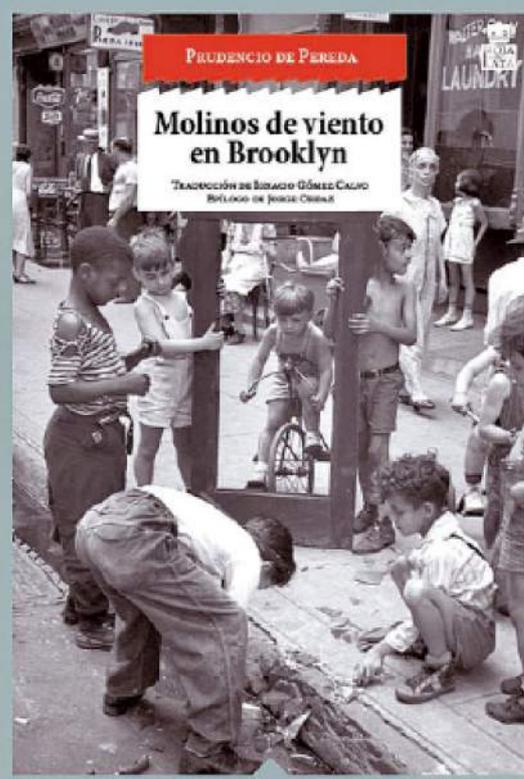
► Hizo con Hemingway dos documentales: *Tierra de España* y *España en llamas*.



► *Todas las chicas que amamos*, con la que obtuvo un gran éxito, fue publicada en 1948.



► *Molinos de viento en Brooklyn*, su novela más autobiográfica, vio la luz en 1960.



«Pensaba que la nacionalidad de una persona determinaba su trabajo»

Cuando era pequeño pensaba que la nacionalidad de una persona determinaba su trabajo. Nosotros éramos españoles, y mi padre, mi abuelo y mis tíos se dedicaban todos al negocio de los puros. Yo creía que había una regla definitiva al respecto: una ley. Lo pensaba especialmente cuando escuchaba hablar de negocios a mi padre y a los demás hombres de la familia, y les oía quejarse amargamente del negocio de los puros, de lo deshonroso que era el oficio y de la maldición que cayó sobre ellos desde el momento en que lo emprendieron. Era algo que a menudo me sorprendía -sobre todo en lo referente a mi padre- porque en las raras visitas que había hecho a su tienda me había parecido un lugar maravilloso. Tenía un suntuoso mostrador niquelado, con cajas de cigarros de vivos colores perfectamente amontonadas encima, y pipas de agua y encendedores repartidos a lo largo de su superficie. El suelo era de baldosas blancas y la pared interior de la tienda estaba ocupada por un gran espejo. Los clientes que había visto. eran hombres bien vestidos con voces resonantes, lujosas cadenas de oro alrededor de sus barrigas redondas y bastones y guantes en las manos. Tal como yo lo recuerdo, en la tienda se respiraba un aire de riqueza y poder.

Aun así, mi padre era uno de los más vehementes en sus denuncias del negocio de los puros. «Que se me caiga la cara de vergüenza -dijo una vez en su correcto y enérgico castellano- si permito que uno de mis hijos se dedique a este negocio! Sí. ¡Ya lo creo!». Yo admiraba a mi padre por sus ideas, pero creía que se le iba la fuerza por la boca, que mis tres hermanos y yo estábamos destinados al negocio de los puros como mi padre y mis tíos. De hecho, ya entonces mi hermano mayor, que solo tenía diez años pero se consideraba un estadounidense sabio, había empezado a hacer recados para mi padre. No solo entregaba cajas de puros en los hoteles del barrio donde estaba la tienda de mi padre, en la zona de Boro Hall de Brooklyn, sino que incluso tomaba el ferrocarril elevado y cruzaba el río para hacer entregas en la ciudad. Cuando yo le suplicaba que me contara lo que hacía, se comportaba de forma muy relajada como si no tuviera miedo, y cuando, sinceramente preocupado por él, le pregunté: «¿Ya no vas a ser aviador?», dijo: «¡Claro! ¿Qué te pasa? ¿Para qué crees que estoy ahorrando?». Yo le compadecía aún más, y temía en secreto por él.

(Primeras líneas de *Molinos de viento en Brooklyn*).

la época, algunos de los cuales fueron premiados. Uno de ellos, titulado "The Spaniard", vio la luz en la afamada revista *Story* y posteriormente fue incluido en la antología *O. Henry Memorial Award*. El escritor y crítico literario Jorge Ordaz

recoge en el epílogo de la edición de *Molinos de viento en Brooklyn* que en aquella antología De Pereda confesaba que quería convertirse «en un gran escritor, no en un buen escritor» y hacerlo «sobre la gente humilde, sin importancia, personas que nunca tienen suerte y están tranquilas y pasan por un infierno solos, incluso si

viven en una gran ciudad. Personas que tienen sueños; sus sueños nunca se cumplen y luego mueren. Todo el mundo dice ¡qué gente tan rara, tan tranquila! Nunca tuvieron grandes deseos; ¡pero si los tuvieron!».

Durante la II Guerra Mundial, señala Ordaz, Prudencio de Pereda sirvió en el Ejército, en la Oficina de Censura, como traductor de cartas en español. «Terminada la

guerra, trabaja en diversos oficios: publicitario, intérprete, bibliotecario. Continúa escribiendo relatos cortos y traduce al inglés *Los gauchos judíos*, del escritor ruso-argentino Alberto Gerchunoff. Y, por primera vez, se atreve también con la novela». Publicada en 1948, *Todas las chicas que amamos* es una novela coral que «se nutre en gran parte de sus experiencias como soldado en tiempo de guerra. En realidad se trata de una serie de narraciones relacionadas entre sí cu-

yo hilo conductor es Al Figueira, un soldado de primera que sirve de confidente a sus compañeros de permiso en Nueva York». Tuvo una excepcional acogida por parte de crítica y público. En 1953 publicó la citada *Fiesta*, que se desarrolla en Mozares. Y en 1960, *Molinos de viento en Brooklyn*, su obra más autobiográfica. No volvió a publicar. Se retiró a Sunbury, Pensilvania, donde murió en 1973.

